

La guerra de los botones

Louis Pergaud



TUS LIBROS
SELECCIÓN

Título original:

La guerre des boutons, roman de ma douzième année, París, 1912

© De la presentación y apéndice: Vicente Muñoz Puelles, 2015

© De la ilustración: Enrique Flores, 2015

© De la traducción: Juan Antonio Pérez Millán

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2015

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño y cubierta: Gerardo Domínguez

Retrato de autor: Enrique Flores

Primera edición, septiembre 2015

ISBN: 978-84-678-7164-7

Depósito legal: M. 22257/2015

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



La guerra de los botones

Louis Pergaud

Traducción:
Juan Antonio Pérez Millán

Presentación y apéndice:
Vicente Muñoz Puelles

Ilustración:
Enrique Flores



PRESENTACIÓN

LOUIS PERGAUD

Louis Pergaud nació el 22 de enero de 1882 en Belmont, cerca de Besançon, en la región del Franco Condado, al este de Francia. Su padre era maestro de escuela, y su madre hija de granjeros. Tuvieron tres hijos, de los cuales el primero murió a los dos meses de edad. Louis fue el segundo.

La primera infancia de Louis Pergaud transcurrió en plena naturaleza, entre prados, bosques y animales y bajo la tutela tanto de sus padres como de sus abuelos maternos. A los siete años, la suerte de la familia cambió por primera vez. Su padre, defensor de la escuela laica, sufrió el rechazo de la población local, que lo consideraba de ideas demasiado avanzadas, y fue trasladado a la aldea de Nans-sous-Sainte-Anne.

En su nuevo destino, los niños añoraban a sus abuelos. El padre practicaba la caza en su tiempo libre. La madre conoció a una empleada de correos cuyo hijo, Eugène, se convirtió en el mejor amigo de Louis. En compañía de otros chicos, Louis y Eugène emprendieron una serie de peleas y combates contra los jóvenes de Montmahoux, la aldea vecina, que años después el primero reflejaría en su novela La guerra de los botones.

Un nuevo cambio de destino les llevó a Guyans-Vennes, de donde procedía el padre. Este, al encontrarse de nuevo en los parajes que había recorrido de niño, se acostumbró a llevar consigo a sus hijos por prados y bosques, de paseo o de cacería. Louis se impregnó de aquel mundo tan rico en sensaciones, pero no descuidó la escuela. A los doce años recibió su certificado de estudios y se mudó a Besançon. Allí vivió durante cuatro años, mientras preparaba el ingreso en la Escuela Normal. En la prueba de acceso obtuvo la calificación más alta.

Tenía dieciocho años cuando falleció su padre. Desconsolada, su madre murió un mes después. «Quiero morir para reunirme con ellos»,

escribió Louis. A los diecinueve se graduó como tercero de su promoción y pronto tuvo su primer destino en Durnes, en la provincia de Doubs.

En 1903 se casó con una maestra, Marthe Caffot. Al año siguiente publicó *El alba*, su primer libro de poemas. Su negativa a enseñar la doctrina católica le obligó a cambiar de destino, como su padre. En 1907 abandonó a su mujer, de quien se divorciaría, y se trasladó a París, donde siguió enseñando.

Su escaso tiempo libre lo dedicaba a la escritura, su gran pasión. Los recuerdos de su tierra natal, el Franco Condado, le proporcionaron el material necesario para sus primeros libros en prosa, *De Goupil a Margot*, con el que en 1910 obtuvo el premio Goncourt, y *La venganza del cuervo*. Son dos colecciones de relatos sobre animales, donde los instintos amorales de estos contrastan con los comportamientos inmorales de las personas.

Ese mismo año se casó con Delphine Duboz. En 1912 apareció *La guerra de los botones*, novela de mi duodécimo año, en la que los botones arrancados a los rivales prisioneros son confiscados como trofeos. El libro empieza en medio de una atmósfera de humor e inocencia, pero se vuelve cada vez más siniestro a medida que la frontera entre el juego y la realidad se desdibuja.

En 1913 se publicó *La novela de Miraut*, perro de caza. Otros relatos sobre la vida rural y los animales fueron publicados a título póstumo.

El intenso antimilitarismo de Louis Pergaud no impidió que al inicio de la Primera Guerra Mundial fuese movilizado como sargento y destinado a Verdún. El 8 de abril de 1915, su regimiento lanzó un ataque contra las líneas alemanas, a resultas del cual desapareció. Su cadáver nunca fue encontrado. En 1921 se le declaró «muerto por Francia».

Sin embargo, su obra permanece viva sobre todo en su país, donde *La guerra de los botones* se reedita continuamente y se ha convertido en un clásico moderno. Hasta ahora, la novela ha sido llevada al cine en cinco ocasiones, una en Irlanda y cuatro en Francia. En una de las versiones, la acción fue trasladada a la Segunda Guerra Mundial, y en otra a los años sesenta, durante la guerra de Argelia.

Prefacio

No entréis aquí jamás, hipócritas, beatos,
viejos camanduleros, gazmoños, mojigatos...

FRANÇOIS RABELAIS¹

Camandulero:
Hipócrata,
embustero.

Gazmoño: Persona
que finge ser muy
devoto, modesto
o cuidadoso en
cuestiones de
moral.

Mojigato: Persona
que se escandaliza
con facilidad.

Neurosis:
Enfermedad del
sistema nervioso
caracterizada
principalmente
por inestabilidad
emocional.

Épico: Perteneciente
o relativo a la
epopeya o a la
poesía heroica.

Gotoso: Que padece
gota o enfermedad
causada por el
exceso de ácido
úrico en la sangre.

Quien disfrute leyendo a Rabelais, ese auténtico gran genio francés, recibirá seguramente con agrado este libro que, a pesar de su título, no va dirigido ni a niños pequeños ni a jovencitas ruborosas.

¡Malditos sean los pudores (todos verbales) de una época castrada que, bajo su manto de hipocresía, con harta frecuencia no huelen más que a neurosis y veneno! Y malditos sean también los latinos puros: yo soy celta.

Por eso he querido hacer un libro sano, que fuese, a la vez, galo, épico y rabelesiano; un libro por el que fluyera la savia, la vida, el entusiasmo; y la risa, aquella gran risa alborozada que sacudía las barrigas de nuestros antepasados: bebedores ilustres y espléndidos gotosos.

Por tanto, no he titubeado ante la expresión cruda, siempre que fuera sabrosa, ni ante el gesto ligero, a condición de que fuese épico.

¹ François Rabelais (c. 1494-1553). Escritor francés. En 1532, publicó *Pantagruel* y, en 1535, *La vida inestimable de Gargantúa, padre de Pantagruel*. El tercer libro de *Pantagruel*, publicado en 1546, fue, como los anteriores, condenado como herético por la Sorbona. El cuarto se publicó en 1549 y el quinto libro en 1562 (nueve años después de su muerte). Las aventuras del gigante Gargantúa y de su hijo Pantagruel constituyen una gran sátira de la sociedad de su época. Critica la hipocresía, la necedad, el dogmatismo y cualquier traba impuesta a la libertad humana, lo cual lo enfrentó a menudo con la Iglesia.

He querido reconstruir un instante de mi vida de niño, de nuestra vida entusiasta y brutal de salvajes vigorosos, en lo que tuvo de franca y heroica, es decir, liberada de las hipocresías de la familia y de la escuela.

Se comprenderá que, para semejante tema, me haya sido imposible limitarme al vocabulario de Racine².

Podría pretextar afán de sinceridad si quisiera hacerme perdonar las palabras atrevidas y las expresiones fuertes de mis protagonistas. Pero nadie está obligado a leerme. Y después de este prefacio y de la cita de Rabelais que adorna la portadilla, no reconozco el derecho a las lamentaciones a ningún cocodrilo, laico o religioso, ávido de unas normas morales más o menos repulsivas.

Por lo demás, y esta es mi mejor excusa, he concebido este libro en un estado de exultación, lo he escrito con placer, ha divertido a algunos amigos y ha hecho reír a mi editor³: tengo derecho a esperar que agrade a los «hombres de buena voluntad» según el evangelio de Jesús y, por lo que se refiere a los demás, como dice Pacho, uno de mis protagonistas, me importan un pito.

Laico: Que es independiente de toda confesión religiosa.

Exultación: Alegría, satisfacción.

Evangelio: Libro del Nuevo Testamento que relata la vida de Jesús.

² Jean Racine (1639-1699). Poeta trágico francés, es considerado como uno de los grandes dramaturgos franceses junto a Corneille y Molière. Fue miembro de la Academia Francesa en 1673. En 1667, estrenó *Andrómaca*, su primera gran obra, a la que siguieron *Británico* (1669), *Berenice* (1670) y *Bayaceto* (1672). En 1674, estrenó en Versalles *Ifigenia y*, en 1677, *Fedra*. En los últimos años de su vida, redactó una historia de Port Royal, y perdió el favor del rey Luis XIV, que le reprochaba sus amistades jansenistas.

³ Esto, por adelantado. [Nota del autor].

Libro primero

La guerra

1. La declaración de guerra

Por lo que se refiere a la guerra... es divertido observar por qué motivos tan fútiles se desencadena y por qué motivos tan banales se extingue: toda Asia se perdió y se consumió en guerra por la rufianería de Paris.

MONTAIGNE (*Libro segundo, cap. XII*)¹

Paris: Príncipe troyano, hijo de Príamo y Hécuba.

—¡Espérame, Granclac! —gritó Botijo, con los libros y cuadernos bajo el brazo.

—Pues espábilate, que no tengo tiempo *pa* cotilleos.

—¿Hay alguna novedad?

—A lo mejor.

—¿Qué es?

—¡Ven!

Y cuando Botijo alcanzó a los dos Clac, compañeros suyos de clase, los tres siguieron andando, uno junto a otro, hacia el ayuntamiento.

Era una mañana de octubre. Un cielo tormentoso cuajado de gruesas nubes grises reducía el horizonte a las colinas cercanas y tendía sobre los campos un manto de melancolía. Los ciruelos estaban desnudos; los manzanos, amarillos, y las hojas de nogal caían en una especie de vuelo planeado, amplio y lento al

Nogal: Árbol de tronco alto y fuerte, corteza lisa y gris, copa grande y redonda, hojas caducas y fruto (nuez) comestible.

¹ Michel Eyquem de *Montaigne* (1533-1592). Moralista y escritor francés. Al fallecer su padre en 1568, y convertido en señor de Montaigne, se retiró a sus tierras. *Ensayos*, la obra en la que trabajó toda su vida, es una mezcla de temas: la amistad, la soledad, la virtud, el valor, etc. Montaigne propone como norma de conducta una vida sencilla regida por la tolerancia y la moderación.



principio, que se acentuaba de pronto en un picado de gavilán cuando el ángulo de caída se hacía menos obtuso. El aire estaba húmedo y tibio. A ratos soplaban ráfagas de viento. El ronroneo monótono de las trilladoras añadía una nota grave que se prolongaba a veces, cuando devoraban una gavilla, en un lamento lúgubre como un sollozo desesperado de agonía o un vagido doloroso.

Trilladora:

Máquina para trillar los cereales provista de motor propio o accionada por tractor.

Gavilla:

Conjunto de ramas o tallos unidos por su centro, mayor que un manojo y menor que un haz.

Vagido: Llanto del recién nacido.

Esquiladora:

Máquina para esquilarse o cortar la lana o el pelo de un animal.

Droguete:

Género de tela, de lana, listada de varios colores y con flores entre las listas.

Dril: Tela fuerte de hilo o de algodón crudos.

Fondillo: Parte trasera de los calzones o pantalones.

Griseta:

Género de tela de seda con flores u otro dibujo de labor menuda.

El verano acababa de terminar y nacía el otoño.

Podían ser las ocho de la mañana. El sol mero-deaba triste tras las nubes y sobre el pueblo y los campos pendía la angustia, una angustia imprecisa y vaga.

Las labores del campo habían terminado, y desde hacía dos o tres semanas volvían a la escuela, uno a uno o por grupos, los pequeños pastores de piel curtida, bronceada por el sol, con los cabellos crespos cortados al rape con la esquiladora (la misma que se utilizaba para los bueyes), con sus pantalones de droguete o de dril remendados, llenos de parches en las rodillas o en los fondillos, pero limpios, con las blusas de griseta nuevas, tiesas y que, al desteñir durante los primeros días, les ponían las manos negras como patas de sapo, que decían ellos.

Aquel día renqueaban por los caminos y sus pasos parecían lastrados por toda la melancolía del tiempo, de la estación y del paisaje.

Sin embargo, algunos, los mayores, estaban ya en el patio de la escuela y discutían animadamente. El *tío* Simón, el maestro, con la gorra echada hacia atrás y las gafas sobre la frente, a modo de visera, se había colocado ante la puerta que daba a la calle. Vigilaba la entrada, reprendía a los rezagados, y los niños, a medida que iban llegando, levantaban ligeramente la gorra y pasaban ante él, atravesaban el pasillo y se desparramaban por el patio.

Los dos Clac de Vernois y Botijo, que se les había unido por el camino, no parecían impregnados de

aquella suave melancolía que hacía arrastrar los pies a sus compañeros.

Llegaban por lo menos cinco minutos antes de lo habitual y el *tió* Simón, al verlos, sacó apresuradamente su reloj y se lo llevó a la oreja para comprobar que funcionaba bien y que no se le había pasado la hora reglamentaria.

Los tres compañeros entraron deprisa, con aire de preocupación, e inmediatamente se dirigieron, por detrás de los urinarios, al patio trasero, protegido por la casa del *tió Gugú* (Augusto), el vecino, donde encontraron a gran parte de los mayores, que habían llegado antes.

Allí estaba Pacho, el jefe, también llamado el gran Pachón; su primer lugarteniente, Pardillo, experto trepador, al que llamaban así porque no tenía rival a la hora de coger nidos de pardales y por aquella zona a los pardales los llaman pardillos; estaba también Gambeta, natural de la Costa y cuyo padre, republicano de pura cepa e hijo a su vez de la cuarentayochada², había defendido a Gambetta³ en los momentos más difíciles; igualmente estaba Grillín, que lo sabía todo, y Tintín, y Guiñeta, el bizco, que se ponía de perfil para mirar de frente, y Rena o Renacuajo con su enorme cabezota. En resumen, los más duros del pueblo, discutiendo algún asunto de importancia.

La aparición de los dos Clac y Botijo no interrumpió la discusión; por lo visto, los recién llegados estaban al corriente del asunto, viejo asunto, y se mezclaron inmediatamente en la conversación, aportando datos y argumentos decisivos.

Lugarteniente:

Persona con autoridad y poder para sustituir a otro en algún cargo.

Pardal: Pardillo.

Ave paseriforme, de color pardo rojizo en general, negruzco en las alas y la cola, manchado de blanco en el arranque de esta y en las remeras extremas, y blanco en el abdomen.

De pura cepa:

Dicho de una persona, auténtica, con los caracteres propios de una clase.

² Insurrección popular francesa que se produjo en París del 23 al 25 de febrero de 1848, que forzó al rey Luis Felipe I (1773-1850) a abdicar y dio paso a la Segunda República Francesa.

³ Léon Gambetta (1838-1882). Abogado y político francés. Se dio a conocer por sus críticas a Napoleón III. En 1869, fue nombrado miembro de la Cámara de Diputados. Encabezó la revuelta parisiense del 4 de septiembre de 1870, que dio paso a la III República. Fue presidente de la Cámara en 1879 y del Consejo en 1881.

Hubo un silencio.

El mayor de los Clac, a quien por contracción llamaban Granclac, para distinguirlo de su hermano, el Clac pequeño o Chiquiclac, habló:

—Esto es lo que hay: cuando mi hermano y yo llegamos a los alrededores de Menelots, los velranos se levantaron de pronto cerca del margal de Juan Bautista. Se pusieron a chillar como becerros, a tirarnos piedras y a enseñarnos los garrotes.

Margal: Terreno en el que abunda la marga (roca sedimentaria compuesta de arcilla y caliza que se utiliza para abonar terrenos y para la fabricación de cementos).

—Nos llamaron idiotas, gilipollas, rateros, cerdos, asquerosos, muertos de hambre, marranos, huevos blandos...

—Huevos blandos —repitió Pacho, con el ceño fruncido—. ¿Y tú que *l'as* dicho después?

—Después, mi hermano y yo nos las hemos *pirao*, porque éramos pocos, mientras que ellos eran por lo menos quince y nos habrían partido la jeta.

—¡*Sus* han *llamao* huevos blandos! —gritó el gordo Pardillo, visiblemente impresionado, dolido y furioso por ese apelativo que les afectaba a todos, porque era evidente que los dos Clac habían sido atacados e insultados pura y simplemente porque pertenecían al pueblo y a la escuela de Longeverne.

—Bueno —volvió a intervenir Granclac—, pues lo que yo digo es que, si no somos unos gilipollas, unos cobardes y unos pelanas, tenemos que demostrarles si somos huevos blandos o no.

Pelana: Persona sin importancia. (Coloquial).

—Pero bueno, ¿qué es eso de huevos blandos? —dijo Tintín.

Grillín reflexionaba.

—¡Huevo blando!... Los huevos cualquiera sabe lo que son, porque *tol* mundo los tiene, hasta el Miraut, el perro del Lisón, y parecen castañas peladas; pero ¡huevo blando... huevo blando!...

—Seguramente quiere decir que somos unos mierdas —cortó Chiquiclac—, porque anoche, bromeando con Narciso, nuestro molinero, le llamé yo

también huevos blandos, por probar, y mi padre, que andaba por allí y yo no lo había visto, me arreó enseguida un par de tortas sin decirme nada. Así que...

El argumento era concluyente y todo el mundo lo aceptó.

—¡Pues entonces, redíos! No podemos quedarnos así, *pasmaos*. ¡Lo que tenemos que hacer es vengarnos, y ahora mismo! —concluyó Pacho.

—¿Estáis todos de acuerdo?

—¡Largo de aquí, meones! —dijo Botijo a los pequeños, que se acercaban a pegar la oreja.

Aprobaron la decisión del gran Pacho por *unanimidad*, como decían ellos. En ese momento, el *tió* Simón apareció en el marco de la puerta y dio una palmada para ordenar la entrada a clase. En cuanto lo vieron, todos se precipitaron impetuosamente hacia los urinarios, porque siempre dejaban para el último minuto la satisfacción de las necesidades higiénicas reglamentarias y naturales.

Los conspiradores se colocaron en fila silenciosamente, con aire de indiferencia, como si nada hubiese pasado y como si no acabasen de tomar, un momento antes, una decisión trascendental y terrible.

Las cosas no fueron demasiado bien en clase aquella mañana y el maestro tuvo que gritar lo suyo para obligar a sus alumnos a atender. No era que armasen jaleo, sino que parecían perdidos en una nube y absolutamente refractarios a captar el interés que para unos jóvenes republicanos franceses puede tener la historia del sistema métrico decimal.

En particular, la definición del metro les parecía horriblemente complicada: «Diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano... de... ¡la mierda!», pensaba el gran Pacho.

E inclinándose hacia su vecino y amigo Tintín, le susurró confidencialmente:

Refractario: Persona que se opone a aceptar una idea, opinión o costumbre.

—¡*Oricuar!*⁴

El gran Pacho quiso decir, sin duda: ¡Eureka! Había oído hablar algo de un tal Arquímedes, que hace mucho tiempo organizó una batalla con lentejas⁵.

Grillín le había explicado pacientemente que no se trataba de legumbres, porque Pacho comprendía seguramente muy bien que uno puede pelear con guisantes, tirándolos con un palillero hueco, pero no con lentejas.

—Y además —decía—, *pa* eso son mejores las pipas de manzana o las bolitas de pan.

Grillín le había dicho que se trataba de un sabio célebre que hacía problemas sobre las capotas de los coches de caballos⁶, y este último detalle le había llenado de admiración hacia semejante tipo, a él, tan reacio a captar las bellezas de las matemáticas como las reglas de ortografía.

Eran sin duda otras las cualidades que, en un año, le habían convertido en jefe indiscutible de los longevernos.

Cerbatana: Tubo estrecho que se utiliza para lanzar dardos u otros proyectiles.

Saúco: Arbusto de corteza pardo grisácea, corchosa y agrietada, hojas caducas de color verde claro, flores olorosas, blancas o amarillas y fruto en forma de baya negra.

Terco como una mula, astuto como un mono, vivo como una liebre, sobre todo no tenía rival a la hora de romper un cristal a veinte pasos de distancia y fuera cual fuese el sistema utilizado para lanzar la piedra: a mano, con honda de cuerda, con horquilla o con tirador; en la lucha cuerpo a cuerpo era un enemigo temible; ya había hecho barrabasadas memorables al cura, al maestro y al guarda jurado; sabía fabricar unas cerbatanas maravillosas con ramas de saúco tan gruesas como su muslo, que te lanzaban agua a quince pasos de distancia, sí señor, *dende lue-*

⁴ Intraducible. Pacho dice *Eurêquart*, que fonéticamente suena como *heure et quart* = hora y cuarto. [Nota del traductor].

⁵ *Lentille* puede significar a la vez lenteja y lente o lupa. Alude a la hazaña del sabio Arquímedes (287-212 a. C.), que prendió fuego a la flota enemiga merced a un sistema de espejos que concentraba los rayos solares. [Nota del traductor].

⁶ Se refiere a las operaciones geométricas con arcos inventadas por Arquímedes. Grillín menciona las «capotas» porque se componían de *arcos* articulados que les permitían plegarse. [Nota del traductor].

go, y tiratiros que petardeaban como pistolas de verdad y cuyas balas de estopa no había quien las encontrara. Con las canicas, él era el que tenía la tirada más larga; sabía apuntar y lanzar como nadie; jugando al gua, te fulminaba las bolas hasta hacerte llorar y después, sin el menor gesto de afectación, devolvía a veces a sus desdichados competidores algunas de las canicas que acababa de ganarles, con lo cual se granjeaba fama de gran generosidad.

Al oír la exclamación de su jefe y compañero, Tintín enderezó las orejas, o, mejor dicho, las movió como un gato que prepara un golpe maestro, y enrojeció de la emoción.

«¡Ah! —pensó—, ya está. Estaba seguro de que Pacho encontraría la manera de darles su merecido».

Y siguió sumido en su ensimismamiento, perdido en universos de suposiciones, insensible a los trabajos de Delambre, Méchain⁷, Perico de los Palotes y compañía; a las medidas tomadas en diversas latitudes, longitudes o altitudes... ¡Ah, pues muy bien, todo aquello le daba igual y le importaba un pito!

¡Pero la que les iba a caer a los velranos!

Lo que ocurrió con los deberes correspondientes a la primera lección se verá más adelante; baste saber que todos los chavales tenían un método propio para abrir subrepticamente el libro cerrado por orden superior y ponerse así a cubierto de los fallos de la memoria. Lo cual no impidió que el *tió* Simón tuviera un humor de perros el lunes siguiente. Pero no nos adelantemos.

Cuando dieron las once en la torre del viejo campanario parroquial, esperaron con impaciencia la

Estopa: Parte basta o gruesa del lino o del cáñamo que se emplea en la fabricación de cuerdas y tejidos.

Gua: Juego de canicas.

Subrepticamente:
Disimuladamente.

⁷ Jean-Baptiste Joseph *Delambre* (1749-1822) y Pierre *Méchain* (1744-1804), astrónomos franceses, midieron el arco del meridiano comprendido entre Dunkerke y Barcelona, para determinar el metro patrón igual a la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano. [Nota del traductor].

Ósmosis: Influencia recíproca entre dos individuos o elementos que están en contacto.

Irradiación: Emanación, efluvio.

En sordina: Sin hacer mucho ruido para no llamar la atención.

Boñiga: Excremento del ganado vacuno y del ganado caballar.

Ángelus: Oración católica en la que se recuerda el anuncio del arcángel san Gabriel a la Virgen María de que iba a ser la madre de Jesús.

Tilo: Árbol de tronco grueso, de corteza lisa algo cenicienta, copa amplia y madera blanca y blanda. Se ve de adorno en los paseos, y su madera se usa en escultura y carpintería.

señal de salida, porque todos intuían, por ósmosis, por irradiación o por cualquier otro sistema, que Pacho había descubierto algo.

Hubo, como siempre, violentos empujones en el pasillo, boinas cambiadas, zuecos perdidos, puñetazos en sordina, pero la intervención del maestro consiguió restablecer el orden y la salida se efectuó por lo menos con normalidad.

En cuanto el maestro volvió a su garita, los compañeros se arremolinaron en torno a Pacho como una bandada de gorriones sobre una boñiga fresca.

Allí estaban, junto con los soldados de a pie y los desechos de tropa, los diez mejores guerreros de Longeverne, ávidos de alimentarse con las palabras de su jefe.

Pacho expuso su plan, que era simple y aguerrido; después preguntó quiénes le acompañarían al caer la tarde.

Todos solicitaron acaloradamente tal honor; pero bastaba con cuatro y se decidió que la expedición estaría compuesta por Pardillo, Grillín, Tintín y Graciac: Gambeta, que vivía en la Costa, no podía entretenerse mucho, Guiñeta no veía muy bien de noche y Botijo no era tan ágil como los otros cuatro.

Después se separaron.

Al atardecer, tras el toque del Ángelus, los cinco guerreros se reunieron.

—¿Ties la tiza? —preguntó Pacho a Grillín, que, dada su situación en clase, cerca de la pizarra, había sido el encargado de «evaporar» dos o tres trozos de la caja del *tío* Simón.

Grillín lo había hecho muy bien; había birlado cinco trozos, buenos trozos, por cierto. Guardó uno para sí y distribuyó otro a cada uno de sus compañeros de armas. Así, si alguno perdía el suyo por el camino, los demás podrían remediarlo con facilidad.

—¡Bueno, pues andando! —dijo Pardillo.

Primero por la calle real del pueblo y después por el atajo de las chimeneas, que se unía bajo el tilo

grande a la carretera de Velrans, se oyó fugazmente un galope sonoro. Los cinco chavales se dirigían a toda marcha hacia el enemigo.

—Andando se tarda casi media hora —había dicho Pacho—, conque podemos estar allí *drento* de un cuarto de hora y volver mucho antes del final de la velada.

La galopada se perdió en la oscuridad y en el silencio; durante la primera mitad del trayecto, el pequeño destacamento no abandonó el camino empedrado, por el que se podía correr; pero cuando entraron en territorio enemigo, los cinco conspiradores se echaron fuera y caminaron por las cunetas que su viejo amigo el *tió* Breda, el peón caminero, arreglaba, según decían las malas lenguas, cada vez que San Juan bajaba el dedo. Cuando estuvieron muy cerca de Velrans y las luces se hicieron más nítidas tras los cristales y los ladridos de los perros más amenazadores, hicieron un alto.

—Vamos a quitarnos los zuecos —aconsejó Pacho— y los escondemos detrás de esa pared.

Los cuatro guerreros y el jefe se descalzaron y metieron los calcetines en los zapatos; después comprobaron que no habían perdido el trozo de tiza y, en fila india, con el jefe en cabeza, las pupilas dilatadas, las orejas tiesas y las aletas de la nariz palpitantes, se adentraron por el sendero de la guerra para llegar del modo más directo a la iglesia del pueblo enemigo, objetivo de su operación nocturna.

Atentos al menor ruido, aplastándose contra el fondo de las zanjas, pegándose a las paredes o difuminándose en la oscuridad de los árboles, se deslizaron, avanzaron como sombras, pendientes solo de la posible aparición de un candil manejado por algún indígena que se dirigiera a pasar la velada o de la presencia de un viajero rezagado que llevase a su penco a beber. Pero la única alteración imprevista fue el ladrido del perro de Juan de los Vados, un chucho asqueroso que se desgañitaba sin parar.

Peón caminero:
Obrero destinado a la conservación y reparación de los caminos públicos.

Penco: Caballo flaco, viejo y desgarrado, de poco valor y utilidad.

Por fin llegaron a la plaza de la iglesia y avanzaron hasta el campanario.

Todo estaba desierto y silencioso.

El jefe se quedó solo mientras los otros cuatro retrocedían para ponerse al acecho.

Al acecho:
Observando y mirando a escondidas.

Entonces sacó el trozo de tiza de las profundidades de su bolsillo y, poniéndose de puntillas para llegar lo más arriba posible, estampó sobre el grueso tablón de encina curada y ennegrecida que cerraba el recinto sagrado esta inscripción lapidaria que causaría escándalo a la mañana siguiente, a la hora de la misa, mucho más por su crudeza heroica y provocativa que por su fantasiosa ortografía:

Encina: Árbol de tronco fuerte y grueso, copa grande y redonda, y cuyo fruto es la bellota.

Lapidaria: Que es solemne y concisa.

Tolos belrranos sonunos lame qulos

Y después de dejarse los ojos, por decirlo así, contra la madera para comprobar si había quedado bien marcado, volvió adonde esperaban al acecho sus cuatro cómplices y, en voz baja pero triunfal, les dijo:

—¡Andando!

Esta vez fueron directamente, sin rodeos y por el centro del camino, emprendiendo el regreso, sin hacer ruidos innecesarios, hasta el lugar en que habían dejado los zuecos y los calcetines.

Pero en cuanto se los pusieron, despreciando precauciones superfluas y golpeando abiertamente el suelo con sus sonoros zapatones, volvieron a Longeverne y a sus domicilios respectivos, a la espera confiada del efecto que habría de producir su declaración de guerra.

La guerra de los botones



El enfrentamiento entre dos pandillas de pueblos vecinos, la de los chicos de Velrans y la de los de Longeverne, discurre entre pedradas, patadas, descalabraduras y chichones, y el intercambio de todo tipo de improperios por ambos bandos. Pero bajo esta anécdota infantil, aparentemente trivial, subyace la eterna rivalidad que enfrenta el mundo del adulto con el del niño («Y pensar que llegaremos a ser tan tontos como ellos»), y el de los adultos entre sí; esa rivalidad que ocasiona las contiendas entre los pueblos, pues, en definitiva, la guerra de los botones es una guerra inmemorial heredada de los antepasados.



www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-678-7164-7



9 788467 871647

1566076



ANAYA